

—Todo sería fácil si yo me hubiera muerto, ¿no es verdad, señor! Ruborizóse la frente y estremeciósse el corazón de Hernando oyendo tales palabras, á las cuales solo acertó á responder:

—Gracias al cielo, vivís, D. Martin.

—Pero decidme, os ruego, si es cierto que si yo no ecsistiera...

—No tendríamos dificultades.

—Pues bien, señor; si en pasar por vuestro hijo natural no puedo consentir, con respecto á la memoria de mi madre, yo tambien soy Cortés, padre mio, y no temo á la muerte.

—No deliremos, niño: la vida y la muerte en manos de Dios solo está dadas.

—Padre mio, mi vida os estorba.

—Silencio, os digo: mi boda es imposible; no hablemos ya de esto.

—¡Una palabra mas, por piedad!

—Ya os escucho.

—Mi pobre madre, sin duda apiadada de entrambos, me inspira en este instante un medio de conciliarlo todo. Nadie me conoce en Castilla; de Cuba he desaparecido sin anunciar el término de mi viaje; ¿qué signífico yo en el mundo, para que haya quien se ocupe en averiguar si vivo aún, ó terminé ya la ecsistencia? Supongamos que he muerto; bendecidme, señor, por vez postrera, y yo os juro por la memoria de vuestra primera desdichada esposa, por la honra que tengo de ser de vuestra sangre, y por el Dios uno y trino que adoro humilde, que de hoy mas *D. Martin Cortés de Suarez* no vive para el mundo.

En tal momento hemos presentado en escena á padre é hijo al comenzar este capítulo, cuya estension ecsije ya que brevemente le pongamos término, como lo haremos, limitándonos á resumir el resto de aquel penoso diálogo.

La posicion de Hernan Cortés era tal, que de no aceptar el jeneroso espontáneo sacrificio de su primojénito, tenia que resignarse á pasar por un falaz intrigante para con las poderosas familias de los Zúñigas y de los Arellanos, ó lo que es lo mismo, primero ante la corte, y despues ante el reino y el universo entero. Por lo que hace al héroe niño, Dios, que le habia formado en la prevision de su fatal destino, dióle la abnegacion suficiente para inmolarsse; y por consiguiente fácil fué la avenencia.

Hernan Cortés hizo mucho mas rico que ya lo era al hijo de Catalina; presúmese que le reveló dónde en Nueva-España se ocultaban inmensos tesoros: mas renunciando tambien á su paternidad, recibióle juramento de no revelar nunca, ni á nadie, á quién debia, despues de Dios, la vida.

Desde aquel momento *D. Martin Cortés de Suarez*, se llamó hasta el de su muerte, *D. Martin Suarez de Monroi*; del resto de sus aventuras trataremos en el prócsimo capítulo.



## CAPITULO V.

OTRO DE LOS EPISÓDICOS, QUE ACLARA MAS DE UN MISTERIO, REVELANDO EL ORIGEN DE LA BELLA DOÑA ELVIRA.

Con dificultad puede imaginarse situacion mas singularmente excepcional que la de *D. Martin*, solo en el mundo, cual la palmera en el desierto, á la edad de catorce años; inmensamente rico, realmente de ilustre linaje, pero condenado, no como el espósito á ignorar sus padres, sino á negar el mas glorioso de cuantos la aristocrática ambicion imaginar pudiese.

El *P. Asencio* y *Garci-Perez*, juramentados solemnemente, eran únicos dueños de su secreto, y ellos tambien esclusivamente su familia y amigos.

Ya dijimos, y aun probamos la precocidad de *D. Martin*, pero á mayor abundamiento, la desgracia sazona la razon tan de prisa como gasta el alma: aquel niño, árbitro absoluto de sus acciones, yendo á establecerse en Salamanca, hízose educar como pudiera el ayo mas severo. Ciencias, letras humanas, armas, ejercicios gimnásticos y devociones, consumieron su tiempo durante cuatro años consecutivos; y entonces, teniendo ya diez y ocho de edad, y sintiéndose capaz del mundo y sus azares, resolvió militar como á varon de su linaje convenia.

Soldado voluntario en Italia, distinguiósse luego, no solo por el valor que heredara, sino por su militar instinto, por su probidad acrisolada, y por una rijidez de costumbres insólita en tales años y ejercicio.



Rico y jeneroso, más ordenado en su vida; campeón audaz en el campo de batalla, pero convidado sóbrio en la mesa; y hombre, desde mozo, de tan buen consejo como extraño á la galantería, no pudo menos de llamar desde luego y poderosamente la atención de sus camaradas y caudillos, para quienes era y debia ser un animado enigma. Mas de uno pretendió aclararlo, ya con insidiosas preguntas, ya con provocativos sarcasmos; las primeras le hallaron impenetrable, á los segundos respondió dos ó tres veces con la espada, y de modo que, por una parte, muertos sus adversarios no pudieron volver á molestarle, y por otra el escarmiento de tal castigo hizo que no hallasen imitadores los primeros provocativos.

Entonces, y como acontece siempre que el público curioso encuentra insuperable barrera que la verdad le oculta, la fantasía de los noveleros, inventando sin freno, hízole sucesivamente hijo natural ó bastardo de rico ó de grande, de príncipe, y aun de rey, ó emperador; sin faltar quien le tuviese por disfrazado heredero de Preste Juan de las Indias, ó por un Morisco de alta jerarquía.

En situación tan delicada solo una conducta ejemplar, como la suya, pudo salvarle de incurrir en jeneral desprecio; solo un valor á todo prueba hacerle respetable; solo hazañas heróicas darle la consideracion social de que la falta de una familia le privaba.

Dios le otorgó fuerzas para todo, y en dos años de campaña D. Martín, contando apenas veinte de vida, logró adquirir fama de gran soldado, de perfecto caballero y de varon virtuoso, amen de infinitos partidarios, mas bien que amigos, entre la soldadesca, cuyo amor supo ganarse dándole siempre ejemplo de bizarría en los combates, de sufrimiento en los trabajos, de modestia en los triunfos, de constancia en las derrotas, y tratándola ademas afable y jeneroso.

Como ya por entonces las ingraticudes de la corte con Hernán Cortés eran notorias, y por la correspondencia que el P. Asencio entretenia sin interrupcion con personas importantes en Nueva-España, estaba D. Martín al corriente de los sucesos de aquellas apartadas rejiones, parécenos probable que comenzasen en la misma época á jermínar en su corazon y en su cabeza los sentimientos y las ideas que mas tarde le arrastraron á tramar la conjuración que nos ha dado asunto para este libro.

Nada mas natural, en afecto, ni mas lójico, supuestos los antecedentes que conocemos, que el ocurrírsele á D. Martín el pensamiento de llevar su heróica abnegacion al estremo, no solo de condenarse á pasar en el mundo por un ser aislado, sin padres ni familia, sino de consagrar su ingenio, caudal y ecsistencia al engrandecimiento de aquellos á quienes ya tanto habia sacrificado, y sobre todo á la gloria de un nombre que no le era lícito llevar perteneciéndole lejítimamente. Es opinion comun que solo en la carrera del crimen ó del vicio se engolfan los hombres de manera que, dado el primer paso,

los andan todos irremisiblemente, sin detenerse hasta el postrero posible: nosotros pensamos de otra manera. La virtud tiene tambien, una vez sincera y perseverantemente practicada, irresistibles atractivos; y si el voluntario sacrificio de las pasiones llega á hacerse pasión él mismo, como sucede con frecuencia, entonces el alma se precipita cesaltada al fuego santo de la abnegacion, hallando inefables delicias y voluptuosos goces en lo que, á los ciegos ojos de los materialistas, pasa por cruel martirio.

Tal, por lo menos, era el caso de D. Martín; y parécenos que anduvo lójico, porque en esta vida pararse es siempre retroceder, y eso perder el fruto de cuanto anteriormente se ha sembrado.

No obstante, debia de ser indistinto aun en su mente el pensamiento de la conjuración al anunciarse la expedición de Carlos V contra Túnez, pues dejando la Italia, acudió á España para tomar parte en aquella guerra mas santa que venturosa.

En las arenas del Africa, como á las orillas del Arno, mostróse D. Martín digno hijo de su ilustre padre, hasta el punto de que el Águila Imperial fijase en él su vista perspicaz, recompensando sus servicios con la jineta de capitán de infantería, grado con que regresó á Europa despues de la pérdida de la Goleta.

Prolijo seria seguirlo paso á paso en su vida militar, bastando á nuestro propósito consignar que se distinguió en ella durante largos años, y en cuantas guerras sostuvo en el continente europeo y sus mares, la ambición ó el deseo de gloria de Carlos V, mereciendo por sus servicios esclusivamente, que aquel grande hombre le promoviese al cargo de maestro de campo, equivalente, como dijimos otras veces, al de oficial jeneral en nuestros dias.

Detendrémonos, sin embargo, á referir todavía un suceso de aquella época de la vida del hijo de Catalina Suarez, ya porque en él hallaremos la esplicacion de algun misterio, ya para dar idea del espíritu caballeresco, moribundo á la sazón en Europa, que aun dominaba en los ejércitos españoles, cuando los rejia el vencedor de Francisco I; ya, en fin, en justificacion de los elogios que á D. Martín hemos prodigado.

Tres años antes de abdicar el cetro, esto es, en el de 1552, sitiaba el emperador á Metz, en Francia, cuyo rey Enrique II, ambicionando la corona imperial y sin fuerzas para conquistarla, habíase hecho protector de ciertos príncipes alemanes, rebeldes á la sazón á su lejítimo soberano. Era en el rigor del invierno, y sus hielos, tanto si no mas que las armas de Guisa, Nevers, y Alberto de Brunswick, opusieron invenciblemente á la alta capacidad del imperial caudillo, y al valor de los españoles, alemanes, flamencos ó italianos que su ejército componian. Vano es luchar contra el cielo: la estrella de Carlos V palideció ante los muros de Metz como palidecido habia la de Alejandro bajo el abrasado cielo de la India, y como estaba escri-



to tambien que palideciese la del gran Napoleon en las yermas llanuras de Moscou. Helábanse los hombres, perecian los caballos, faltaban los víveres, y con ellos las municiones; ya no el cañon, ni el mosquete, ni la lanza, ni la espada, sino el frio y el hambre y las enfermedades, diezmaban sin tregua á los sitiadores; y el desaliento cundia, y la desercion era tan jeneral como continua. Un solo Tercio, el peor compuesto del ejército, atendido al vario origen y detestable procedencia de la mayor parte de sus soldados, acertó á resistir sin notables bajas las calamidades de aquel sitio; y ese tercio mandábalo nuestro D. Martin Suarez de Monroi.

Al ordenar el César que del ejército de Italia se le enviase tropas para aquella campaña, los que allá en su nombre gobernaban aprovecharon la ocasion para desembarazarse de un sin número de aventureros y bravos de todos países, condiciones y aun relijiones, que, procedentes de las guerras anteriores, habian ido, por decirlo así, hacinándose en el antiguo Lacio y devastaban su fértil suelo al propio tiempo que su poblacion desmoralizaban. Alistarlos no fué difícil, porque con el cebo de un buen engancho y la esperanza de saquear los dominios del rey cristianísimo, acudieron mas de los que se buscaban: pero no era tan obvio hallar un jefe para tales bandidos.

Consultado el duque de Alba sobre el negocio, respondió: "Si D. Martin Suarez de Monroi no manda ese tercio, tanto valiera enviar "nos la peste;" y en efecto, quizá solo él que habia de llamarse el *Mártir* era capaz de imponer respeto y ajustar á las reglas de la militar disciplina á una horda de bandidos, para el mas dócil y escrupuloso de los cuales pasaba por cosa de juego hollar de palabra y obra todos y cada uno de los preceptos del decálogo.

Mas D. Martin á quien el *gran duque de Alba* se digno escribir para que tomase aquel mando, hizolo desde luego, y con tan buen éxito, que quien bajo sus órdenes viera á hombres, sobre poco mas ó menos todos de la especie de tres que hemos conocido, á saber: Absalon, Alma-negra y Corta-orejas, creyéralos soldados de alguna orden relijiosa, como los templarios, por ejemplo, allá en los tiempos de su mayor ascetismo, tales se mostraban de sumisos y poco ladrones los domesticados aventureros.

Cuando la desercion minaba las filas del ejército, el tercio cosmopolita contó apenas tres ó cuatro prófugos, merced á la perseverante vijilancia de su maestro de campo, y á la severidad inflexible con que aplicó desde luego todo el rigor de las leyes militares al que en lo mas mínimo osaba infringirlas. Víveres y combustibles faltaban en todos los cuarteles: D. Martin, acometiendo con aquellos desalmados empresas que, con otros y para otros, pasaran por desesperadas, ya contra la plaza misma, ya contra la caballeria lijera del duque de Nevers que interceptaba los convoyes, consiguió que á lo menos de lo estrictamente necesario no careciesen nunca los suyos, y en muchas

ocasiones abasteció á sus mas necesitados compañeros, y hasta al emperador mismo. Quizá y sin quizá, viérase prisionero y pereciera de hambre ó de frio un noble y muy jóven caballero que en aquel sitio hacia su primera campaña, soportando con mas alientos morales que fuerzas físicas el rigor de la estacion y las continuas privaciones. Flaco, estenuado, y cadavérica la faz, pero negándose á retirarse al cuartel de los enfermos, el caballero á que aludimos, contando apenas veinte años de edad, y siendo simple voluntario en la caballeria, vióse cierto dia envuelto en una vigorosa salida que inopinadamente hizo de la plaza el duque de Guisa; y faltándole, no el valor, pero sí las fuerzas, hicieronle su prisionero los franceses. D. Martin, que mandaba aquel dia la trinchera, contento, y no sin causa, de haber rechazado á su poderoso enemigo con pérdida considerable, bien echó de ver que se le llevaban un hombre prisionero, mas no obrara como cuerdo jeneral si por tan insignificante pérdida comprometiera las tropas de su mando, ó consintiese que la caballeria dejara de recojerse al campamento, como acababa de mandárselo. Llevábanse, pues, los franceses al voluntario, cuando aquel, desesperando del socorro y perdiendo la paciencia al ver que los suyos se retiraban, comenzó á decir en altas voces:—*¿No hay quien liberte á D. Martin Cortés? ¿No hay quien rescate al hijo del marques del Valle?*

Como los huesos de toda la especie humana surjan un dia del polvo al escucharse el son tremebundo de la trompa que ha de anunciar-nos el juicio final, así el hijo de Catalina Suarez, oyendo la voz del que nombre y herencia inocentemente le usurpaba, saltó fuera de sus reales clamando:—*¡Sus! A ellos, mis valientes! ¡Sus! Trompetas, tocad á degüello! ¡A ellos, que se nos llevan al hijo del conquistador de México!*

Y electrizada la tropa por la voz y ejemplo de su caudillo, cargó intrépida á los contrarios, acuchillándolos hasta las puertas de la plaza, y rescatando, por de contado, al prisionero, á quien Suarez hizo llevar á su propia tienda, cuidándole hasta su completo restablecimiento con la misma ternura que si fuera su propio hijo. De aquel dia fechaba una amistad íntima, sincera y nunca interrumpida entre el que tenemos preso en México, llevando el título de Marques del Valle, y el que realmente llevarlo debiera.

Decidióse Carlos V, no sin resistencia y aunque personalmente enfermo, á levantar el sitio; y como era natural, sus tropas fueron vigorosamente atacadas durante toda su marcha hasta Thionville. En aquella retirada D. Martin Suarez, siempre con su tercio en la retaguardia, peleó de dia y de noche, á pié y á caballo, reproduciendo los prodijios de su padre en Nueva-España; y prendado el César de tanto denuedo y tan rara pericia, quiso darle una muestra de aprecio concediéndole el hábito de Santiago.



—V. M. se dignará perdonarme, señor (respondió pálido como la muerte, el agraciado), mas no puedo admitir.

Miróle Carlos de Gante, que conocia mucho á los hombres, y adivinando, en parte al menos, la secreta causa de tan estraña negativa, dijo:

—Vive Dios que teme las pruebas. ¿Seríais plebeyo, D. Martin?

—Noble, señor; y por respeto no digo que tanto como el primero; mas... no puedo, en efecto, hacer probanza de mi nobleza.

—Vuestras hazañas son la mejor ejecutoria; yo os dispense las pruebas.

—Hábito, sin ellas, sería, señor, un Sambenito.

—Por mi vida que no os entiendo.

—Señor, yo soy noble, pero un juramento me obliga á encubrir linaje y nacimiento, aunque ilustre el primero y lejítimo el segundo.

—Bien está: ya os dije que dispensaba las pruebas; y ahora añado que os mando vestir el hábito.

—Dígnese V. M. otorgarme una gracia mas.

—Hablad.

—No esjir que la roja espada de Castilla figure en mi pecho hasta que á V. M. conste con evidencia que por mi nacimiento no soy indigno de tal honra.

—Ya me consta por vuestros bizarros hechos; de otra manera, ¿cómo, si ignoro vuestro linaje?

—Hay un hombre, señor, vasallo de V. M., pero vasallo tal, que su palabra vale todas las informaciones imaginables. Dígnese V. M. preguntarle, y su respuesta decida.

—¿Y quién es ese tan singular vasallo?

—El conquistador de México.

Carlos V, que era hombre de corazon, prestóse á la esijencia de D. Martin Suarez, mandando escribir á Hernan Cortés sobre el asunto, y siendo su respuesta la siguiente:

“Sacra, Cesárea, Real Majestad: D. Martin Suarez de Monroi es tan noble como yo; y si esto que digo no bastare á satisfacer á V. M. ó al mismo D. Martin, yo le absuelvo por la presente de su juramento y promesa.”

D. Martin vistió de allí adelante el hábito de Santiago.

Poco despues de la abdicacion del emperador, dejó Suarez el servicio militar, no conviniendo á su carácter un reinado como el de Felipe II; y el año de 56 hizo á México su primer viaje.

Mas antes de hablar de ese punto, y terminada la historia de su vida militar, debemos dar cuenta de sucesos de la privada que atañen directamente al asunto de este libro.

Unos diez años del sitio de Metz hallábase D. Martin Suarez, con su bandera, empleado en el ejército de Flandes, y convaleciente de una peligrosa herida en Amberes, cuando derrotado á las inmedia-

ciones de Brescott el príncipe de Oranje, puso sitio á aquella famosa ciudad el jeneral dinamarqués Rosen, que en union con las tropas francesas y las alemanas del duque de Cleves, hacia la guerra entonces en los Países Bajos á Carlos V.

Contaba á la sazón siete lustros de edad el hijo de Catalina Suarez; su aspecto, naturalmente agradable por la armonía y regularidad de su conjunto y pormenores, embellecido por cierto aire varonil y resuelto fruto de los hábitos militares, y realzado además por una tinta de melancólica preocupación, dícese que hizo palpar acelerado á mas de un pecho femenino; pero él, indiferente á todo menos á la gloria de las armas, ó no advertia sus triunfos, ó dábales tan poca importancia que para nada los tomaba en cuenta.

Sin embargo, seríamos injustos suponiendo á Suarez insensible al amor: semejante monstruosidad era harto impropia de persona de su linaje y prendas morales, para admitirla solo en virtud de las apariencias, en aquello como en otras muchas cosas á la realidad contrarias. D. Martin, en efecto, religioso por índole y por crianza, y con la piedad al fuego de la desdicha acrisolada desde sus primeros pasos en la vida, era, sí, declarado enemigo de todo libertinaje en los demas, y para sí mismo incapaz ni de concebir la posibilidad de un amor que honesto, casto, y al matrimonio encaminado no fuese. Hombre, además, de su siglo, y por su escepcional posición mas aferrado aún que otros á las ideas aristocráticas, creyera pecar mortalmente pensando en unir su destino al de mujer que á tan noble linaje como el suyo no perteneciera; y, en consecuencia, si á enamorarse llegara, habia de ser forzosamente para casarse, y de una dama de alta prosapia. Relaciones amorosas, fuera de esas condiciones, pasaban por delito á sus ojos; y dentro de ellas vedábaselas su mala suerte; porque ¿cómo habia de obtener nunca la mano de una ilustre doncella, quien el nombre de sus propios padres revelar no podia?—Reflexiónese un momento sobre la situación singular de aquel hombre, y se verá que mas le valiera mil veces ser en realidad un triste espósito, que haber nacido hijo de un grande hombre, y no poder, sin embargo, confesarlo.

Como quiera sea, repugnándole el libertinaje instintivamente, profesando por principios horror profundo á la seducción, y de casarse poco menos que imposibilitado, Suarez evitaba cuidadosamente el trato de las mujeres hermosas y jóvenes, trato que solo á quebrantar los preceptos de la moral podia conducirle; cuando no á padecer inútiles dolores.

Mas contra las leyes de la naturaleza se lucha en vano: ellas han dotado el corazon del hombre de un instinto que invenciblemente le arrastra á rendirse á los piés del seco débil; ellas quisieron que el amor fuese el agente universal de la reproducción de los seres; y mas